

Nos asomamos hoy a las páginas de la revista Pátina, para recordar con emoción a Juan Antonio Palomo, profesor, compañero y sobre todo amigo, a quien perdimos de forma inesperada hace unos meses.

Necesitaríamos muchas páginas para reseñar sus actividades artísticas, pero este no es el lugar para ello, simplemente pasaremos nuestra mirada sobre su trayectoria de gran artista, para que quien lea con nosotros conozca un poco más su actividad plástica, que partiendo de la escultura, se extiende también a otras vertientes como el grabado, el dibujo o en estos últimos años la electrografía.

Nacido en Alcalá de Henares, la formación artística de Juan Antonio tuvo lugar en Madrid, en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, donde estudió Escultura.

Desde la mitad de los años cincuenta alterna las clases de

dibujo con una incansable labor artística, siempre en una línea de vanguardia y compromiso con su momento. Trabaja en técnicas diversas, le interesa todo, lo mismo el grabado que la vidriera o la cerámica, su ansia de experimentación no tiene límites.

Entre el año 1955 y el 1969 tiene su estudio en la calle de la Luna de Madrid, son años duros, de mucho trabajo pero también de los primeros reconocimientos. Del año 1965 es su escultura Hombre y Mujer, aún dentro de unas formas que aunque renovadoras, parten de la figuración tradicional, usando como material la chapa de hierro soldada. Pero la ruptura con la figuración no se hace esperar y en el Primer Salón de Barcelona de Escultura Contemporánea de 1968, presenta su Avivífero, escultura de poliéster pintado en la que unas formas rotundas y orgánicas se funden con total libertad.

Los años setenta son de una actividad febril, obras como Diana para un Tirador, 1970 o Rugby, 1971, merecen las mejores críticas. Los premios se suceden en estos años, el Premio Mariano Benlliure en Valencia, 1970, el Primer premio de Escultura, Arte Sport '70 de Bilbao, el Primer Premio de Escultura en la Bienal de Santander, 1975 y el Primer Premio de Trofeos de la VII Bienal Internacional del Deporte en las Bellas Artes, Barcelona 1979 son algunos de los más destacables.

La década de los ochenta supone la plenitud artística de Juan Antonio, su lenguaje plástico es espléndido, las formas se imbrican unas en otras de manera firme y siempre imaginativa, los materiales alternan con la libertad más absoluta, poliéster, latón, bronce, hormigón ligero... cualquier materia cobra vida en sus manos. Son obras de estos años la Venus de Lovecraft, Formas, Stonehenge y tantas otras en las que el bloque compacto de superficies lisas se rompe de pronto en unas formas vivas que parecen quieren salir de su prisión.

Las exposiciones en las que Palomo participa son múltiples, en Madrid se presentan sus obras en la Galería Amadís, en la Galería Antonio Machado, en Arte Horizonte, En el Museo Español de Arte Contemporáneo, en la Galería Orfila, en la Galería Casarrubuelos, etc. Expone también en Granada, Barcelona, Zaragoza, Valencia, Pontevedra, Huesca, Guadalajara, Murcia, Málaga, Ibiza y Tenerife.

Está representado de forma permanente en las colecciones de la Fundación Juan March de Madrid, en el Museo de Arte Contemporáneo de Ibiza, en el Museo Elsedo de Pamames, Santander, en el Museo de Arte Contemporáneo de Villafamés y en el Consejo Superior de Deportes de Madrid.

La sorpresa que espera a Palomo al final de su tarea creadora es que sus formas oblongas, huevo o canto rodado, al enracimarse o al escindirse, se transforman en máquinas mágicas, en extraños aparatos creados por un ingeniero pero a los que el artista ha despojado de su utilidad... En la escultura de Palomo la ira parece a punto de estallar. No importa que sus invenciones de metal o de plástico, se nos presenten con la superficie pulida; en ellas se advierte el hervor subterráneo.

JOSÉ HIERRO

Fuera de España hay que citar su participación en la IX Bienal de Alejandría, XVII Bienal de Sao Paulo, en la Exposición de Arte en la Comunidad Europea, Esslinger, Alemania, en Damasco, Beirut, Argel, Casablanca, Rabat, etc.

Sus esculturas pueden ser contempladas en diversos espacios públicos como por ejemplo la Facultad de Económicas de la Universidad Autónoma o la Casa de Campo de Madrid; la Plaza de los Santos Niños en Alcalá de Henares; las Parroquias de Naval Moral de la Mata en Cáceres y San Sebastián en Guipuzcoa; la Iglesia de los Jesuitas de Alcalá de Henares y el Ayuntamiento de la misma ciudad.

Estos últimos años su línea de trabajo era la búsqueda de nuevas técnicas y nuevos materiales con los que poder expresar todo ese bagaje plástico lleno de sensibilidad que Juan Antonio poseía. Las electrografías eran una de sus nuevas vías de experimentación formal, así como sus esculturas en diversos tipos de materiales plásticos, como el polietileno, combinados a veces con la madera.

En sus últimas exposiciones en la Galería Casarrubuelos o en Orfila, nos mostró sus obras entomológicas, grandes ventanas abiertas a un fantástico mundo de insectos cristalizados que nos observan silenciosos, como si esperasen la or-

den de su creador para echarse a volar.

Para terminar evocaremos un texto de Antonio Leyva, escritor y amigo de Palomo desde la época del estudio en la calle Luna y propietario de la Galería Orfila de Madrid, donde vemos reflejada con profunda amistad la imagen de Juan Antonio Palomo.

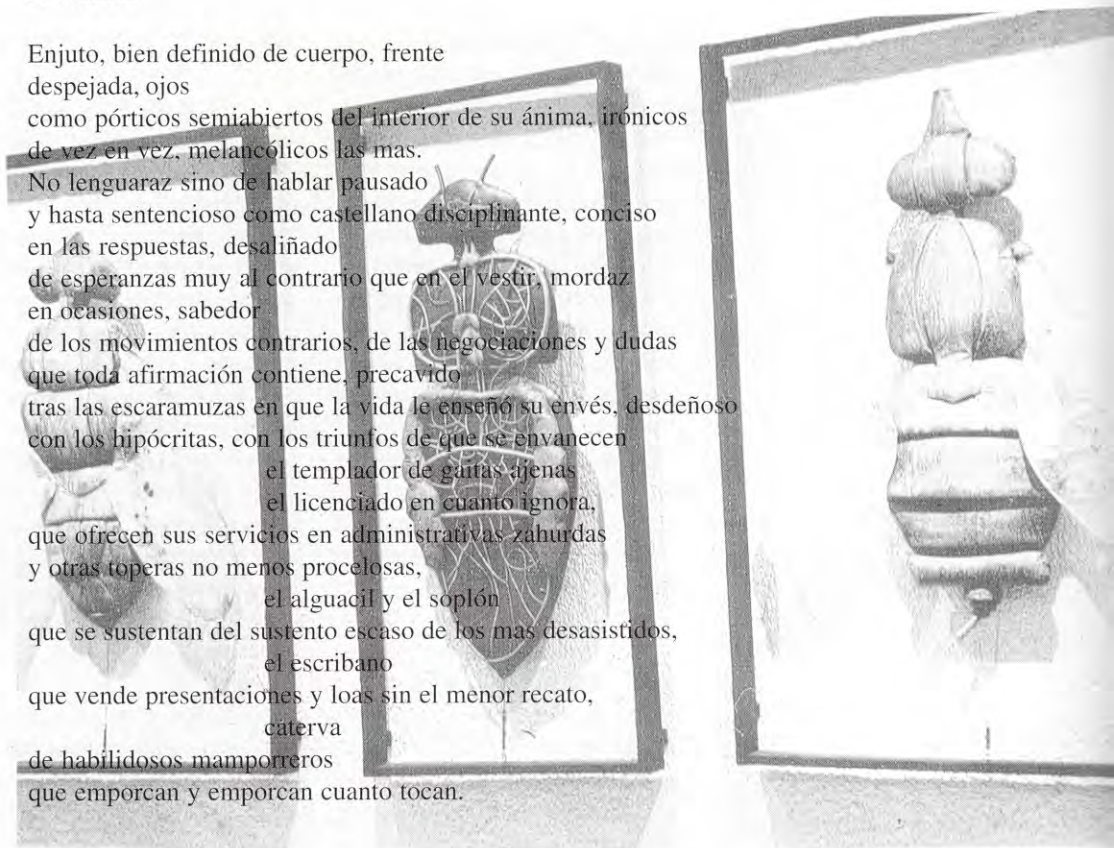
El Retrato

Enjuto, bien definido de cuerpo, frente despejada, ojos como pórticos semiabiertos del interior de su ánima, irónicos de vez en vez, melancólicos las mas. No lenguaraz sino de hablar pausado y hasta sentencioso como castellano disciplinante, conciso en las respuestas, desaliñado de esperanzas muy al contrario que en el vestir, mordaz en ocasiones, sabedor de los movimientos contrarios, de las negociaciones y dudas que toda afirmación contiene, precavido tras las escaramuzas en que la vida le enseñó su envés, desdeñoso con los hipócritas, con los triunfos de que se envanecen el templador de guitarras ajenas el licenciado en cuanto ignora, que ofrecen sus servicios en administrativas zahurdas y otras toperas no menos procelosas, el alguacil y el soplón que se sustentan del sustento escaso de los mas desasistidos, el escribano que vende presentaciones y loas sin el menor recato, cáterva de habilidosos mamporreros que emporcan y emporcan cuanto tocan.

Muy breve es este recorrido por una labor artística de tantos años, pero supone sobre todo un recuerdo profundamen-

te sentido a ese amigo que hoy no está con nosotros pero que siempre conservaremos en nuestro corazón.

Tus amigos,
compañeros y alumnos.



Aquí se reúne una colección de cartas abiertas
y recuerdos dirigidos a Juan Antonio Palomo
por sus compañeros
y amigos de la E.S.C.R.B.C.

Querido Juan Antonio :

Hace ya casi un año que no nos cruzamos por los pasillos de la Escuela, que no intercambiamos ideas sobre las últimas exposiciones que hemos visto o sobre el devenir del arte actual. Tampoco hablamos de cómo solucionar tal o cual problema cotidiano, para la mejora en la formación de los alumnos.

Fueron tantos años de pequeñas pero intensas conversaciones, tal y como a tí te gustaba, que reviven momentos y recuerdos de la aproximación del artista a la conservación, casi con cierto rechazo, hacia los fenómenos de deterioro que operan sobre los bienes culturales. Esta postura, sin embargo, se transformaba en asombro y deleite cuando descubrías las maravillosas pátinas en esculturas romanas, antes ocultas por la corrosión, cómo analizabas las técnicas de fundición antiguas recién descubiertas, y la belleza y conceptualidad de una terracota púnica.

Por eso vienen a mi memoria aquellos recuerdos de Ortega y Gasset antes de entrar en la Cueva de Altamira : “Y, sin embargo, la verdadera emoción estética sólo se produce en quien no está dispuesto a tenerla y no ha preformado el gesto de la admisión”. (Nota : “Santillana del Mar : antes de entrar en la cueva”, 1925”).

Confío en que los depositarios de tu obra : museos, Ayuntamientos, y coleccionistas así como las empresas públicas y privadas, velen por su conservación.

Hasta pronto.

M^a José Alonso

A mi amigo Juan Antonio Palomo :

Todos hemos comentado y sabido de tu vida profesional. Tus trabajos han sido reflejados en exposiciones y han merecido reconocimientos oficiales. Pero tenías un pequeño mundo, que muchas veces es más importante que otros para el que lo ejerce, que es la enseñanza. A través de ella, tú has inculcado a tus alumnos, día a día y durante muchos años de magisterio, tu saber y el amor a tu profesión. Has hecho lo más hermoso que un profesor puede hacer, llenar una parcela de la vida de tus alumnos con tus conocimientos de las Artes Plásticas. Cada uno de ellos, cuando coja un pincel, un buril, te evocará, pensando : *Palomo me diría ...*, recordando con qué interés corregías sus imperfecciones en clase, para que consiguieran un resultado correcto en su trabajo, que sería calificado por ti, con la puntuación de tu equidad y la satisfacción de una enseñanza bien impartida.

Tú siempre fuiste enemigo de los cargos, pero siempre estabas dispuesto a la colaboración. Ahora supongo que habrás aceptado alguno, pues cuando en los atardeceres, levanto mi vista y veo esos hermosos juegos de luces, pienso : *Palomo ha sido nombrado Grabador Universal*, y tu Dios y mi Dios, se sentirá complacido por tu colaboración.

A mí, este mismo Dios, me ha dado otro castigo. Me ha separado no físicamente, como a tí, sino como al rey de Frigia, Tántalo, me ha encadenado a vivir en la tierra, para contemplar la Escuela y no disfrutar de ella.

Por eso, tú y yo, por caminos diferentes, hemos llegado a un vértice común : separarnos de lo que fue razón de una parte de nuestra vida : el amor a la Escuela.

Tengo la esperanza de que tú y yo vigilemos a estos huérfanos que hemos dejado continuando nuestras tareas y, defendiendo la existencia de nuestra Escuela. Tú, desde arriba, y yo, desde abajo, vamos a procurar que no tengamos que decir *¡pobre Escuela!*, sino decir *Tenemos los mejores continuadores*.

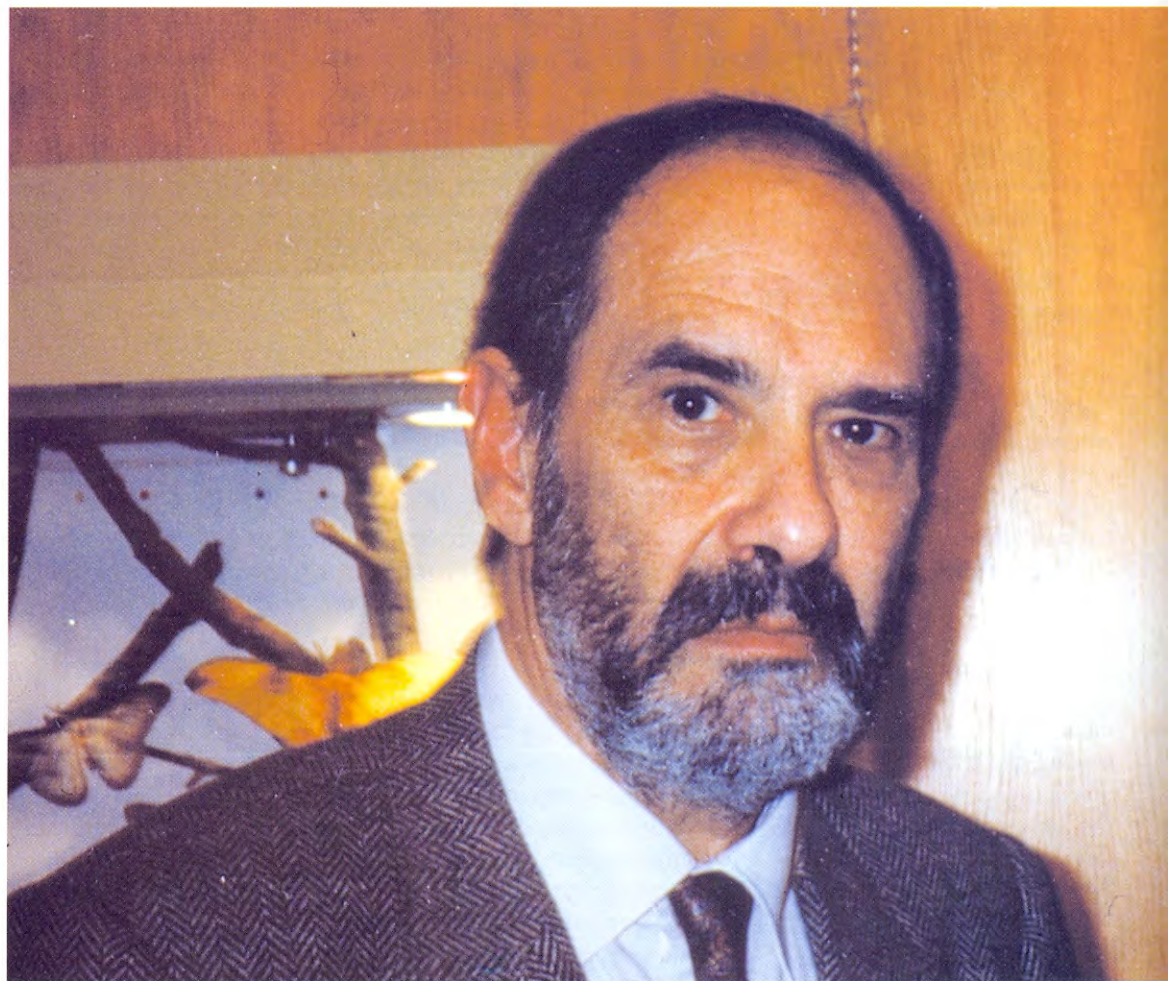
Bueno, Palomo, siempre permanecerás en el recuerdo de alumnos y profesores.

Tu amigo Juan Jiménez.

UNA TARDE EN LA ESCUELA O HISTORIA DE UN DESTINO

Tal vez pueda parecer esta una historia triste o, cuando menos, no demasiado alegre. Pero no hay tal, pues ambas cosas no pasan de ser simples categorías en las que el hombre corriente vive instalado sin poder sustraerse al dominio (y sobre todo demonio) de la dualidad que impide toda felicidad y aniquila el justo discernimiento. El hombre superior sabe instalarse en el Samadhi que, para que se entienda, es el punto de la suprema vacuidad, del perfecto equilibrio, del neutral silencio donde el todo se hace nada, donde arriba y abajo son una misma cosa, donde ya no pervive lo triste o lo alegre, el mérito o la culpa. De esta forma, esta historia no es más que una mera crónica sobre cómo el destino se manifiesta y actúa sin intención, sin finalidad. Nada personal. Y así, en su transparencia, el destino atraviesa la vida de los hombres como una saeta de cristal puro que viene lanzada con un impulso que hunde su origen en un tiempo infinitamente lejano. Desde antes de todo principio. Desde antes de todo universo. Sencillamente dando cumplimiento a la Ley Cósmica padre de los diez mil seres.

Salvado el engaño de las categorías y ya puesto en lo sustancial, no quisiera ahora equi-



vocarme tomando el recuerdo de aquella tarde como punto de partida desde el que extenderme contando lo que quiero contar. Lo justo y necesario para que se entienda e interese al paciente lector. Pero ya estoy lanzado y por ese camino voy a continuar.

Era una de aquellas tardes en que los hados benéficos acuerdan otorgar a la Escuela un manto de comfortable tranquilidad donde, a ratos, el silencio

reinante se conmueve levemente expandiéndose en resonancias de ruido inciertos, de puertas que se cierran, de lejanas risas o pasos que se distancian y, todo ello, en un conglomerado de misterio, en apagados ecos, se despeña rebotando por el ancho hueco de la escalera y en mil direcciones se pierde luego por vestíbulos y corredores. Tal era el escenario de una tarde importante. Allí, como en tantas otras ocasiones, mi amigo Juan Antonio Palomo

se dejó ver. Casi siempre acertaba en hacer acto de presencia en los días tranquilos. Contrario a todo bullicio, su intuición sabía funcionar automáticamente haciéndole llegar en momentos de calma. Él venía a sus cosas y envuelto en una capa de discreción, se encerraba en el taller a su rollo, a su creatividad, a su soledad buscada y yo siempre me alegraba de verle. Era norma el que, antes de bajar al taller, se sentara al otro lado de mi mesa y,

en tal situación, hablábamos. Nos dábamos palique que adquiriría larga duración cuando el noble deseo de engolfarnos en nuestros respectivos quehaceres era vencido por el interés de la conversa o por la simple y categórica desgana o por la conjunción de ambas cosas, lo que era bastante corriente.

Por un acuerdo más o menos inconsciente y sobre todo en los últimos tiempos, los temas objeto de nuestras conversaciones y debates giraban en torno a dos grandes bloques: o el arte o el espíritu, siendo este último aspecto el que, día a día, ganaba terreno en el campo de nuestras preferencias dialécticas. No obstante, respecto de tales asuntos, nuestras posiciones tenían su origen en puntos de partida distintos por completo. Él, desde un talante cómodamente encastillado en un racionalismo que por momentos se disfrazaba de nihilismo y desdén, evolucionó hasta la posición fronteriza de la duda, mas nunca pudo traspasar esa línea lastrado -o tal vez salvado- por el peso muerto de su original racionalismo del que nunca se vió libre totalmente. Pero fué un gran paso, pues la duda es posición elevada -aunque ya no tan confortable- que impulsa a la búsqueda o al suicidio. Él quería encontrar. Yo partía de la fé buscando la certificación y mis aseveraciones y convicciones absolutas, con las que a menudo me gustaba provocar-

le, le exasperaban sacándole de quicio, mas al final existía el punto de convergencia desde el que nuestras inquietudes querían saltar en pos de otros ámbitos, de otros mundos, de otras luces que fueran salvación tanto de la duda como de la fé, posiciones que reconocíamos como no definitivas para el espíritu que requiere la explicación determinante de la verdad. De esta dialéctica surgió lo que bautizamos como el Gran Proyecto: realizar el Camino de Santiago entendido éste en su auténtica significación, como Vía de Iniciación hacia el misterio que deviene luego en la visión de lo eterno.

La idea del Gran Proyecto venía desde mucho tiempo atrás. Ya habían pasado dos veranos sin que nuestras voluntades hubieran podido vencer al enemigo origen de nuestras frustraciones respecto del asunto. O sea: una primordial indolencia, una querencia a la no acción, un decidido apego a la quietud. Todo lo cual, bien entendido y mejor llevado, es virtud, mas para nuestro negocio, este eje estructural de nuestra vitalidad en cuanto a forma de estar en el mundo, se había convertido en un adversario peligroso. En la bestia a la que abatir por cualquier medio y con cualquier arma. Sobre todo esto, nuestra autocrítica era feroz y a menudo, yo, para consolarle y consolarme, entre bromas y veras, le decía que era absolutamente un taoísta inconsciente

más verdadero que yo mismo, pues siendo mi Tao aprendido por la vía del intelecto, no era tan puro como el suyo, pues es virtud ser taoísta, siéndolo de verdad, sin saber que se es. Tal es la virtud del auténtico Tao. Y añadía que *Wu Wei* se manifestaba en él de forma natural y, por tanto, meritoria. (*Wu Wei: Literalmente nada de nada, no hacer nada. En la doctrina, la no acción. No intervención. Abismarse en la quietud fecunda para que la Virtud del Tao obre por sí misma. Wu Wei es el eje diamantino, la piedra angular, sobre la que se levanta toda la estructura de la doctrina taoísta.*)

Pero en fin, disquisiciones aparte, la sustancia del tema radicaba en la concepción del Gran Proyecto que a pesar de nuestros titubeos y contradicciones se sustentaba en un deseo cierto, firme y decidido. Y algo muy importante nos animaba a no declinar de nuestras intenciones. A saber: el que siendo ambos muy diferentes, éramos COMPATIBLES, asunto este que certificábamos como la clave esencial para la realización de cualquier proyecto en compañía de otro. Lo diferente compatible, da fruto y riqueza. Lo igual con lo igual, deviene en sequedad y aburrimiento.

Aquel día, entrado ya, según recuerdo, el mes de Mayo, bajé las escaleras camino de su

taller. Evoco ahora la luz de la tarde avanzada que entraba entonces como desmayada y tenue por los ventanales y claraboyas. Iba yo muy ufano y contento portando bajo el brazo una copia (entiéndase fotocopia) de una de las mejores guías a nivel práctico que se hayan podido publicar sobre el Camino de Santiago (Guía del Peregrino. Edit. Everest. Madrid. 1985.), la cual había llegado a mis manos en tiempos muy atrás de forma inopinada por medio de mi hija Alma María que, a su vez, la había obtenido en préstamo de parte de una amiga suya y que el lector me perdone el galimatías. Cuando mi hija me mostró la guía quedó, de inmediato, requisada por unos días y de esta forma pude, a mi vez, enseñársela a Palomo, conviniendo entre ambos en que era imprescindible realizar sendas copias para nuestro uso particular con lo que, por demás, quedaba consagrada como nuestra Guía Oficial a nivel instrumental. Lo malo era que, por momentos, cundía el desánimo a la vista de un respetable tocho de ciento ochenta páginas a todo color. Yo me comí el marrón y tiré hacia delante. No me quiero acordar lo que pasé en realizar el encargo de marras. Cuatro ejemplares perfectamente compaginados, pulidos, encuadernados y encima en color, es un curro que no se lo deseo ni a mi peor enemigo. (Y digo cuatro dado que, por mi cuenta, tenía interés en proporcionarle un ejemplar a mi amigo

Juan Jiménez y otro, obligado, a mi hija Alma. Era el precio de la requisita). Agua pasada. Lo positivo era que, la cabo, aquella tarde, iba a dar cumplimiento al convenio largamente demorado.

Así las cosas, con paso decidido entré en el taller donde Juan Antonio trasteaba en sus asuntos. Avancé y elevando el tocho con ambas manos a nivel de mi cara, la dejé caer luego, pesadamente, sobre la gran mesa central, haciéndole así entrega de la guía que él recibió, como es natural, con gran contento y regocijo e inmediatamente se puso a ojearla haciendo, entusiasmado, observaciones y comentarios mientras yo, tal vez excitado por la presencia de la guía que parecía impregnar el ambiente de afares y determinaciones, caminando a grandes pasos arriba y abajo del taller, largaba mi perorata acerca de nuestra débil voluntad, de nuestra ineficacia. Redactaba reclamaciones, cursaba quejas. Él seguía enfrascado en la revisión del mamotreto. Como el que no quiere la cosa. Sonriendo y dejando caer de vez en cuando, al desgairre, como para conformarme, algún argumento. Se conocía el discurso y a la postre, sin más, (aunque tal vez con toda la razón) terminaba culpándome de todo.

¿Un callejón sin salida?. Comprendí que allí se necesitaba un revulsivo importante.

Enfilé hacia él que en ese momento se encontraba sentado en un taburete al otro extremo de la gran mesa. Me aproximé y atenazando su muñeca, llevé su mano derecha sobre la guía donde la sostuve firmemente. Le miré con intensidad y dije: "Jura por el Santo que este verano realizarás el Camino". Me miró sonriendo y como para decir algo, pero yo no le di cuartel y sin solución de continuidad, añadí: "Pero en serio". Debió verme muy convincente pues tragó la píldora y, divertido aún, pronunció exactamente estas palabras: "¡Vale joder, lo juro!". Yo solté presa y antes de que pudiera iniciar mi retirada, exigí mi juramento solemne. Nada más justo y para mí sin problemas. Conociéndome como me conozco (en ciertos aspectos), vi el cielo abierto para poder practicar un tanto mi proclividad hacia el rito y la liturgia. Quería un juramento solemne y vaya si lo iba a tener. Planté mi mano sobre la guía que, por momentos, era ya Evangelio, Biblia, Corán y los Veinte Mil Sutras del Mahayana, y dije: "Por fuera y por dentro, así en la Tierra como en el Cielo, juro por mi Señor Santiago realizar durante el próximo verano el Camino de su Santo Nombre, desde el principio hasta el fin y en la buena compañía de este extraño sujeto que está conmigo aquí presente. Hacia la Luz, Amén." Él puso el cierre y me espetó: "No tienes remedio". (Todas estas palabras son textuales pues, para no olvi-

darlas, aquella misma noche, me apresuré a anotarlas, tal cual, en la primera página de mi ejemplar de la guía. Era el nudo mágico). Luego, ya se sabe: el vacile característico, las ironías, los comentarios y todo eso. Lo que no impidió que quedara pergueñado como un macro diseño de actuaciones en plan serio: hasta el veinte de Julio, labor informativa y construcción de la logística. El veinticinco (Día de Santiago) en la línea de salida rumbo a Compostela. Al cabo, la tarde se fue diluyendo. Retorné a lo mío y ya de noche cerrada él se despedía. Mientras le acompañaba hasta la puerta, no dejábamos de hacer constatación y reválida de nuestras intenciones. Cuando se fué, todo había quedado atado y bien atado. La suerte estaba echada.

Ha pasado el tiempo. Apenas un mes. Como estaba mandado habíamos practicado algunas operaciones logísticas: cierta literatura, esquemas de equipamiento, economías y en este plan. Pero la flecha del destino nunca se para. Veamos. Noche de un Martes. Bien entrado Junio. Hora avanzada. Despacho de Secretaría. Suena el teléfono. Descuelgo el aparato. Al otro lado la voz trémula, triste, de mi amigo Javier Peinado dispara la noticia en forma de obús de doscientos milímetros que avanza derribando mundos, directo hacia mi desvalida estructura de humano. Durante los

primeros quince o veinte segundos (siempre me pasa en casos así) la estupefacción me hace el cuerpo como de corcho. No hay ecos. Es como si las palabras que te llegan desde el otro lado no fueran contigo. O sea, escuchas pero no oyes. Como si todo aquello no tuviera existencia. Como en un sueño. Son las barreras del inconsciente que intenta evitarnos todo sufrimiento. Mas luego, -¿quién lo podría evitar?- el muro cae, los esquemas de siempre se tornan escombros, ferralla podrida, ruina. Y un segundo más tarde, en mitad del corazón, la gran explosión. Como un Bing Bang que, desde el punto cero en que nada existía, se expande por todo nuestro ser configurando un universo de sentimientos: tristeza, ira, miedo y melancolía, amargura, desconuelo, quebranto, culpa, tribulación, pesadumbre, orfandad y abandono. ¡Qué sé yo!. Pero no era todo: de ese conglomerado de desolación, desde el primer momento, se destacó un sentimiento de rostro egoísta que se adueñaba de la situación, que no se expandía a un cosmos de elevación, sino que, como una garrapata ávida y codiciosa, se aferraba entre los pliegues de mi ego. Sí. Un sentimiento (resentimiento) de insufrible frustración: NUNCA REALIZARÍA EL CAMINO DE SANTIAGO. Este sentimiento enquistado me acompañó luego durante mucho tiempo. Pensaba por aquel entonces que el día en que tuviera que cruzar el río de la vida, habría de encontrarle en la

otra orilla para pedirle explicaciones. Exigirle una satisfacción por haberme dejado tirado en la enfangada cuneta de este mundo. Pero a estas alturas ya le he perdonado y ahora, cuando el destino nos ha alcanzado, sólo me corresponde contemplar el hecho, sin juicio, sin discriminación, *Wu Wei*, instalado en la inmutable quietud de la certeza: nunca caminaré por la sagrada Vía. Ahora, desde mi atalaya de aceptación y conformidad, veo el Gran Proyecto no más que como un castillo de arena batido por las olas, como una sombra viejera que se aleja. Es un axioma: nunca arribaré al lugar sacrosanto, pues con un ala rota, con un pie malherido y una mano cortada, ¿cómo podría el peregrino recorrer el Camino?. Ni en veinte milenios que viviera habría yo de encontrar tan buen compañero, pero él era un tipo muy especial y, quemando etapas, se me fue por la gatera.

Sueño de cúpulas y torres. Visión de la piedra dorada. Olor de incienso que alegra y purifica. Contemplación de un cielo por donde, en tropel, las golondrinas cruzan rápidas entre las espadañas aún iluminadas por la luz del poniente. Todo allí. Siendo. Existiendo. Mas yo nunca llegaré a Compostela.

FERNANDO V. MONTI.

Querido amigo Juan :

Hace ya algunos meses que te has ido y aun no me he puesto en contacto contigo, ya sabes como son estas cosas, una vez por esto y otra vez por lo otro parece que nunca tienes tiempo, supongo que me comprenderás y sabrás disculparme. En cualquier caso no quiero que pase de hoy el hacerlo, tenía algunas cosas pendientes y he decidido realizarlas esta mañana; me he cortado el pelo que hacía tiempo que andaba necesitado de ello, me he comprado unos calcetines y de regreso a casa y sin más dilación paso a escribirte.

Eres un mal queda, el último día que te vi, estuvimos después de salir del "curro" tomando unos blanquitos y charlando sobre si reconsiderabas la opción de asumir o no la jefatura de tu Departamento, y cuando nos despedimos en la esquina de Leganitos con Plaza de España, quedaste en que esa tarde lo ibas a decidir. ¡Caramba! y no sólo no lo decidiste, sino que sin mediar un previo aviso te largaste dejándonos plantados y huérfanos de tu compañía y amistad.

Tu siempre has sido un hombre pudoroso de tus opiniones y nunca te ha gustado destacar con cargos o carguillos, no obstante creo que en este caso te has pasado.

Nos conocemos hace mucho tiempo, mucho, quizá demasiado, han sido muchas horas de charla, algunas incluso relativamente trascendentes y es curioso, desde ambas orillas de un río imaginario solíamos coincidir. Han sido muchas horas de compañía de compartir anhelos, de compartir ilusiones de compartir esperanzas, en fin que te voy a decir a ti que tu no sepas.

Al principio, cuando guardabas celosamente tu intimidad, cuando tan difícil era acceder a ti, nos cruzábamos por aquellos largos pasillos saludándonos tímidamente, expectantes de saber quien era quien, cuando coincidíamos en el estudio de Valles, en Éboli con el Cubano, - también estos viajaron temprano, ¡como sois! - o con Perico, o Chano u otros, recuerdas, fuimos conociéndonos poco a poco en aquellos albores de nuestra vida de mayores, y aun antes de que te largaras, todavía nos cuestionábamos si habíamos crecido o éramos aquellos críos que ni siquiera tenían número de la Seguridad Social.

Allí en aquellos pasillos llegaron ellas, una bailaba, otra pintaba, otra sentía, otra lloraba, ¡que se yo!, se incorporaron a nuestras vidas, las compartieron, fuimos solidarios, pasó el tiempo y en ese devenir vamos llegando a nuestros destinos,

unos habéis cogido el tren pronto, otros lo cogemos después, en realidad tampoco importa tanto, lo importante es que volveremos a encontrarnos y nos reconoceremos y recordaremos y continuará nuestra amistad y estará bien.

Bueno tío, perdona pero tengo que despedirme, en esta mañana de sábado ya he cumplido con las obligaciones que me había impuesto. Como ya te he dicho me he cortado el pelo, me he comprado unos calcetines y te he escrito, podía haber recordado más cosas pero ya habrá tiempo para ello, entre tanto querido Juan, recibe un fuerte abrazo de este que lo es, tu amigo.

Miguel.
(Peinado)
